

EL VERDADERO TESORO

DE ELVIRA



A eso de las dos de la tarde de ese jueves de abril del 2017, salí a la acera de mi casa para ponerme bajo el sol; como era de esperarse el resplandor me encegueció la vista por un instante, y la sensación de piquiña en la piel me arrojó por un momento... es de masoquista quedarse más de un minuto bajo sus fuertes rayos que caen en esta parte del mundo en Quibdó (Chocó), en donde a pesar de que llueve, él no se espanta y se queda puesto a ver cómo algunos se divierten bajo la lluvia y otros corren apresurados a buscar refugio. Cuando estoy bajo el sol, casi siempre salto a la sombra a cubrirme de sus efectos, pero en esa tarde me quedé ahí por más de diez minutos, como si estuviese esperando la llegada de algo, mas en realidad no era así, lo único que me llegaba era la vaga impresión de que todos sabíamos que las cosas en casa no estaban bien, pero nadie hacía nada al respecto.

No sé si era el clima o las ganas de analizar la vida, pero en esa tarde me quería quedar ahí, así que

entré a la sala por una silla para sentarme a contemplar el paisaje y ponerme a pensar con mayor comodidad. Al abrir la puerta principal observé que no había asiento disponible, todos estaban en manos de mis sobrinos y hermanos, quienes hacían ver la gran sala de mi casa como el sitio de espera de un hospital. Ahí vivíamos todos, en una casa grande de seis habitaciones que, a pesar de tener suficiente espacio, se encontraba sobrepoblada por las nuevas generaciones que llegaban sin avisar y las viejas generaciones que se quedaban en la casa familiar, apretados sin más opción. Al no tener de otra, cogí la hamaca que me había regalado mi mejor amiga de cumpleaños y salté de inmediato para amarrarla y ahora sí, a disfrutar del clima.

Mi hamaca, el sol, el bullicio de mis sobrinos y de los carros... parecía ser un día normal, un día aburrido. Mi mente y mi cuerpo pedían un poco más de acción, después de un rato me levanté, exactamente a las 3:15 de la tarde, gracias a una alarma

que me avisó que era hora de aventurarme. Tomé el perfecto, reluciente y nuevo detector de metales que después de muchos años de súplica mamá me regaló de cumpleaños, me puse mis zapatillas, mi gorra azul y corrí a casa de mi mejor amiga para arrastrarla conmigo a una aventura más:

-! Petrona, Petrona! Grité afuera de su casa que se encontraba justo al frente de la mía.

Ella salió al balcón con su relajo y torciendo los ojos:

-Ahora qué Elvira, ¿Qué haces con ese aparato otra vez? ¿sigues con esa tonta idea de conseguir oro?

-Acompáñame y dividimos todos los tesoros que encontremos, dije con cara de súplica

-No Elvira, estás loca, mira el calor que hace, me da es risa, ¿qué nos vamos a dividir?, ¿latas de atún y tapas de gaseosa? Esa no me la vuelves hacer; que mi Dios te acompañe y ojalá no te pique una culebra.

Petrona se entró despavorida, como si le hubiese mencionado la madre monte o el mismísimo demonio; todo parecía indicar que emprendería mi aventura sola.

Ya eran pasadas las cuatro y pensé: ¿vale la pena ir a correr semejante riesgo en esos inmensos montes? Dentro de ellos uno no se alcanza a imaginar qué peligro se puede encontrar, además eran más las posibilidades de encontrar lo mismo de siempre: todo menos un tesoro, ¿pero si me quedaba en casa? ahí si encontraría lo mismo de siempre, gritos por aquí, gritos por allá, desorden y regañones, así que tomé la decisión de ir acompañada de Dios y unas ganas inmensas de una intrépida aventura.

Me dirigí de nuevo a casa, empaqué la pala y el detector de metales en un viejo bolso que había heredado de una de mis hermanas cuando tenía catorce años; apenas hacía dos semanas había cumplido mis quince y estaba rumbo a cambiar mi vida. Por último, tomé algo de dinero para pagar un bus que me llevara a Tutunendo, como siempre en casa ninguno me preguntó para dónde iba y cogí mi ruta sin decirle nada a nadie.

El bus en el que me fui era viejo; se escuchaba como una locomotora y además era lento como una tortuga. Normalmente me demoraba 15 minutos en llegar, pero ese día demoré más. Aunque el conductor parecía apresurado, el trasto no le ayudaba; llegué tras 25 minutos, adolorida y

mareada por el trajín que había pasado en ese viaje que se me hizo eterno. Pagué el pasaje que eran cinco mil pesos, -yo llevaba conmigo veinticinco mil que estuve reuniendo de mis mesadas del colegio-; bajé corriendo para llegar a la orilla del río e iniciar a indagar qué me podían ofrecer las arenas de ese lugar. Vi cómo la gente se devolvía ya para sus casas, algunos temblaban con la toalla puesta alrededor de sus hombros de tanto bañarse; otros no tenían ni una gota en el cuerpo y estaban relucientes con sus gafas de sol, listos para regresar a sus hogares; yo no presté mucha atención y me puse en lo mío.

Inicié a cavar por aquí y a cavar por allá encontrando lo de siempre, pero esperando una sorpresa. Debido a las historias que esconde el Chocó, yo me había obsesionado con la idea de hallar un tesoro. Mi abuelo Cristóbal me contó que un día la abuela Silvia se había encontrado una pequeña cuchara de oro en la finca donde ellos vivían antes de ser desplazados por la guerrilla.

Tras un tiempo sin encontrar nada, me dirigí hacia la piedra del diablo; déjenme decirles que esta piedra es imponente, muy grande y temerosa, pero era el mejor lugar para divisar hacia dónde seguiría mi expedición. Me trepé rápido sin fijarme que la roca estaba húmeda, y ese fue un error grande que iba a pagar caro... resbalé tan rápido que ni me enteré cuando mi cabeza chocó contra una roca, el golpe fue contundente; comencé a sangrar de inmediato en grandes cantidades y podía sentir cómo el vital líquido bajaba por mis orejas y se mezclaba con el agua. No podía moverme, no podía hacer nada para dejar de tragar agua y poder respirar. Sabía que a esa hora ya nadie quedaba en los alrededores para socorrerme; sentía que moría y nadie sabía que yo estaba ahí... hacía frío, sentí cómo el tiempo se hizo eterno mientras mi alma se desprendía de mi cuerpo. Yo sentía cómo me trasladaba hacia un mundo desconocido, en el que mi alma comenzó a flotar con una sensación de libertad que disfruté de inmediato.

De un momento a otro, frente a mí apareció un anciano con una gran barba llena de canas, vestido todo de blanco y que a simple vista se notaba agotado; se dirigió hacia mí, con una mirada penetrante. En ese punto yo pensaba que había muerto, que estaba frente a Dios y que venía por mí para llevarme al reino de los cielos. No dije una sola palabra, solo observé cómo se me acercaba rápidamente.

- *Hola*, dijo el hombre estirando su mano
- *¿Eres Dios?* Pregunté asustada hasta los dientes y tomando su robusta mano
- *No, aun no has llegado hasta él*
- *¿No?*, ¿entonces quién eres?
- Soy Tulio, el abuelo de tu abuelo
- *¿Qué?*

¿Estaba hablando con el abuelo de mi abuelo o todo era una pesadilla? ¿Realmente mi alma estaba suspendida en el aire mientras moría en el río Tutunendo? Todo era tan confuso y repentino que me eché a llorar mirando para todos lados con los ojos encharcados. El hombre que decía ser mi ancestro seguía con su mirada fija en mí y me dijo:

- *Cálmate, pronto entenderás*

Me abrazó muy fuerte, y yo sentí una protección que me pareció familiar, era tan extraño...

- *Explícame, no puedo entender*, le dije a Tulio mientras intentaba calmarme.

- *Soy el anima que protege a la familia, ¿recuerdas cuando te perdiste a los nueve años y no encontrabas el camino?*

- *Sí, fue hace mucho.*

- *Pues fui yo quien te tomó de la mano para guiarte.*

Ya estaba entendiendo; por eso tenía esa sensación de protección que se me hacía familiar cuando él me tocaba.

Mientras hablaba con él, vi a dos chicos que mero-deaban el lugar por el que yo había resbalado.

- *Espera un momento*, Le dije mientras señalaba a los chicos

- *Calma Elvira, todo está escrito, me dijo*

Mientras los chicos avanzaban, uno sujetó del brazo al otro para indicarle lo que de lejos miraban, corrieron hacia mí sacándome del agua rápidamente y dándome golpes en el pecho, yo sentía sus manos cálidas mientras intentaban salvarme.

- *¡Hay algo de esperanza, aún estoy conectada a mi cuerpo!* Le dije a Tulio mientras sonreía

- *No es hora de hablar, nos tenemos que ir.*

Tulio tomó fuertemente mi brazo, jalándome hacia adelante; sentí una ventisca fuerte en todo mi cuerpo, cerré los ojos del miedo y cuando los abrí

me encontraba por encima de mi casa, podía ver cómo los niños corrían de un lado para otro, cómo mi madre cocinaba en un improvisado fogón de leña en el patio trasero, mi papá no estaba en casa como siempre, mis hermanas y hermanos que eran cinco deambulaban por la casa; no podía escuchar nada pero sí observar todo.

Tulio señaló a mi abuelo Cristóbal que estaba sentado en los muebles de la sala y dijo:

- *Ese es tu abuelo y mi nieto, te voy a contar su historia. Cuando ni tu madre había nacido ya hace más de setenta años, tu abuelo trabajaba a mi lado en la mina con solo once años, en ese entonces vivíamos en Bojayá en una finca donde plantábamos nuestros alimentos y criábamos toda clase de animales, vivíamos en un rancho de madera de dos cuartos donde nos intentábamos acomodar, mi mujer, Cristóbal, sus hermanos David y Carmela, ellos eran mis nietos, los cuales habían quedado huérfanos por culpa de una fiebre que se llevó a mi hija días después de su último parto que fue cuando nació Carmela. El papá de ellos después de la muerte de mi hija desapareció. Mi mujer -que se llamaba Elvira como tú- y yo, nos hicimos cargo de ellos. Ya habíamos criado a cinco y nos tocó criar a tres nietos que no tenían la culpa de su destino.*

Elvira, la vida en el campo no es fácil y menos cuando el mal te rodea; cerca de donde vivíamos había mucho asentamiento de fuerzas subversivas de la ley, las cuales dificultaban conciliar la armonía que intentaba construir, yo ya estaba muy viejo, cansado y en el agosto de 1945 me acosté para no levantarme más, me elevé por lo



alto y recibí el llamado de Dios, le supliqué que me dejara ser un ánima para cuidar de mi señora que estaba igual o más cansada que yo, y a esos nietos que se encontraban tan vulnerables; ahí me quedé elevado viendo como mi mujer sufría por mi muerte y mis tres nietos no entendían mucho la situación. Los meses pasaban, yo tomaba de la mano a tú abuelo Cristóbal para darle las fuerzas suficientes y que tomara las riendas de la casa, él era un niño, pero la vida lo volvería hombre rápidamente; trabajó la tierra, recogió el agua, cazó a sol caliente, crio animales, minió, pescó, hizo todo lo necesario para proteger a su abuela y a sus hermanos.

Con el tiempo mi señora también murió y nos encontramos unidos por el viento. Dios le hizo el llamado y ella lo atendió; yo me quedé aquí porque sentí que aún me necesitaban, los hermanos de tu abuelo crecieron e hicieron sus familias. A tu abuelo como sabes, le tocó desplazarse con su mujer y sus dos primeros hijos ya que la guerrilla le quitó sus tierras y por miedo a que le quitaran la vida se vinieron a vivir a Quibdó; los primeros años se les hicieron difíciles, pero nunca desistió. Yo siempre estuve ahí para guiarlo y darle las fuerzas que necesitaba en su momento; esa misma fuerza se la doy a tu madre, a tus hermanos, primos, tíos y a ti. Con los años todo fue mejorando poco a poco, las casas de madera se hicieron de cemento, iniciaron a estudiar y a progresar hasta llegar este día que tu llegaste a mí para contarte la historia de tu abuelo mostrándote los sacrificios que él hizo para sacarlos adelante y de la decisión que yo tomé para guiarlos.

- ¿Por qué me dices todo esto?

- Porque no sabía cómo guiarte, te estabas perdiendo, apartando de todos, solo te quejabas de los problemas y no veías lo maravilloso que te rodea; mira a tu madre pegada de ese fogón humeante, haciéndoles de comer a todos sin importar cuántas fallas tenga cada uno; mira ese padre del que te quejas por su ausencia, es el que trabaja a diario para llevar de comer a todos, él no está en casa porque no puede, no pienses que es porque no quiere; mira a tus hermanos, siguen en casa ya que no tienen de otra... no mires a tus sobrinos como una carga, míralos como la bendición que son, pronto las cosas mejorarán y cada pájaro podrá estar en su nido.

- ¿Pero por qué nadie me presta atención?

- Tu madre sabe que eres fuerte y que puedes defenderte mejor que todos; no es que no te preste atención, hay problemas más urgentes que atender. ¿No crees tú, que yo quisiera descansar en los reinos de los cielos?

- Sí, claro

- Pero estoy aquí guiándolos a todos para que tengan una vida decente

Abracé a Tulio, mientras intentaba cubrir mis lágrimas, ese abrazo se sintió tan cálido y reconfortante... sus últimas palabras me las dijo al oído:

- Ahora guíalos tú desde abajo; mientras, yo estaré arriba haciendo lo mismo. Recuerda que ya tienes un hermoso tesoro, que es tu familia, y díles que cada vez que festejen sigan tirando un trago al piso por las ánimas que deciden cuidar de los suyos.

Tulio me tomó de los hombros y me arrojó hacia abajo con una fuerza descomunal; cada parte de mí se calentó con rapidez, el frío se había ido, estaba caliente nuevamente, podía moverme, fui abriendo los ojos lentamente mirando hacia los lados, pude ver que estaba rodeada de mis sobrinos y mis hermanos; mi madre y mi padre estaban con mi abuelo y se encontraban justo al lado de la cama del hospital donde yo estaba. Todos lloraban y sollozaban; la primera en notar que abrí los ojos fue mi mamá: ¡hija!, Gritó con las manos en la cabeza, ¡despertó, despertó! ¡Es un milagro!, gritaron todos y yo no entendía nada, solo recordaba las palabras que me había dicho Tulio.

Me fijé entonces que estaba entubada y conectada a muchas maquinas; con mi voz quebrantada le pregunté a mi madre ¿qué pasa? y ella, con los ojos llorosos, me respondió: "hija llevabas tres meses en coma; el médico nos acaba de decir que no había nada más que hacer, y justo antes de que despertaras nos estábamos despidiendo de ti ya que habíamos tomado la decisión de desconectarte. Todos los días, desde que te encontraron prácticamente muerta en el rio, vinimos a visitarte y le rezábamos a Dios juntos para que sucediera un milagro, y nos escuchó, aquí estás hija, con nosotros nuevamente y prometo cuidarte aún más.

Estaba en la cama de un hospital con el tesoro más grande y hermoso que reencontré: mi familia.